

¿UNA MUÑECA PARA SER MADRE?

Los juguetes no tienen sexo, ni género. Esa es una consigna feminista que busca deconstruir los estereotipos y combatir la violencia. Pero Lubia, la mujer que es mi madre, lejos estaba de comprender estas luchas. Ella sólo sabía que en nuestra casa no se compraban juguetes, pues porque era “un desperdicio gastar en cosas inútiles de plástico”. Órdenes de su militar esposo.

Aunque más bien eso era lo que Lubia le hacía creer a su marido: Que seguía sus órdenes a cabalidad no comprando nada de esto. La realidad era que no compraba porque a ella tampoco le gustaba andar perdiendo el tiempo en tiendas, viendo tales “tonterías”.

Así pasábamos los años de infancia, mis hermanas y yo, sin juguetes. Jugando nuestras tardes a la playa, improvisando para ello tinajas con agua fresca en el patio de la casa, aquellas tardes de caluroso invierno en Mazatlán. O pintando con cal el famoso avión sobre el piso de tierra para saltar, y sudar. Jugando a las escondidas y al béisbol con una bola de hilo y un palo de escoba. Saltando la cuerda o haciendo aviones de papel usado o periódico viejo. Entre otros juegos más. Pero eso, sí, con los zapatitos de suela de goma nunca inacabables que por supuesto nos compraban, “para optimizar la economía familiar”.

Fue hasta cuando mis hermanas terminaron la primaria y entraron a secundaria que conocieron a Fabi, la niña rica del barrio, que tras recibir una cantidad de muñecas nuevas, les heredó a mis hermanas su gran



~~MAMI~~
SIEMPRE
CUIDARÁ DE TI
TE ENSEÑARÉ A CRITICAR
TE ENSEÑARÉ A VIVIR
DE LA PROSTITUCIÓN
TE ENSEÑARÉ A MATAR



y amplia colección de barbies y ken's, que adornaron por muchos años nuestra amarilla y compartida habitación en casa.

("Lástima") que mis hermanas nunca supieron cómo jugar con estas muñecas, y a mí que tampoco tenía conocimientos, además me espantaban. Por las noches al dormir, recuerdo varias ocasiones poniendo encima una toalla sobre la repisa donde descansaban sentadas estas muñecas. Ocultando así sus miradas brillosas y sus sonrisas perfectas, sus cabellos rubios y sus ojos azules, sus delgadas cinturas y sus pechos pronunciados; o los músculos torneados del ken. Todo eso que no veía en ningún otro cuerpo de mi entorno. Tales miedos (ahora lo veo fascinantemente) despertaron pronto en mí la percepción y recepción de que la realidad era muy distinta a las fantasías.

A veces las vecinas amigas de mi hermana iban casa, maravilladas por las muñecas heredadas, traídas la mayoría de ellas del mismo Estados Unidos por la familia de Fabi. "No había otras iguales en el puerto y en nuestra colonia". Las vecinas se reunían con mis hermanas y jugaban. Aquellas con sus muñecos pelones, que eran unos bebés a los que alimentaban y hacían dormir, y mis hermanas a vestir y desvestir a sus barbies, que poseían una gran colección de vestidos y trajes.

El conflicto venía cuando las amiguitas pedían intercambiar: Ellas con las barbies, mis hermanas con los bebés pelones. Mis hermanas no tenían paciencia ni ánimos de dar de comer y hacer dormir a nadie. También eso lo aprendieron de Luvia, la mujer que es mi madre. Un adjetivo (constructo social) que ella también rechazó (por fortuna) permanentemente, inconscientemente. ¿O conscientemente?

Yo sólo sé, que al final a mis hermanas y a mí, no sólo nos cortaron el cordón umbilical físico al nacer, también el simbólico, y nuestra protectora no halló a partir de allí, mayor protección que regalarnos la libertad libremente (valga la redundancia) para hacer y actuar, y saber desde nuestras propias experiencias que estábamos solas para cuidarnos. Solas.

Y con tal poder, construyendo mi discurso y mi accionar antimaternal, que muchos años después, al día de hoy, que me enuncio transfeminista, he podido apreciar y valorar con claridad. Siempre con la figura de una muñeca rubia y extranjera a la que nadie "valoraba" bajo nuestro techo. Y sin embargo muchas, las otras, deseaban.

Nuestras muñecas en casa no eran las típicas muñecas que reproducían un rol de género, y un ensayar para como mujeres, entregar nuestro tiempo y dedicación al cuidado de otros. Para ser madres, pues. Y eso es lo mejor que la mujer que nos parió, a través de una muñeca, en la cual no gastó ni un peso, pudo transmitirnos.

Frieda Frida Freddy

friedduche@gmail.com

Transfeminista y lesboterrorista de a pie

